

NIEVE Y FRIO EN LA VENTANA

Mariano García Hernández

Image not found.

Capítulo 1

NIEVE Y FRIO EN LA VENTANA

Sentado en el sofá que el roce de los cuerpos había desgastado con el paso de los años, sentía el crepitar de la hoguera, mientras calentaba la copa de brandy con la palma de mi mano. Sentía el olor de la encina calcinándose, entretanto me aportaba un calor que no tenía.

La luz rojiza que invadía la estancia, se tornó oscura, gris. Miré hacia la ventana. Una ventana baja, estática, sin voz. Vi el cielo teñirse de luto. Los copos de nieve, grandes, muy grandes, no tardaron en hacer acto de presencia.

Me encanta ver nevar. Me levanté del sofá para mirar por la ventana. Las moscas blancas habían comenzado a tomar posesión del verde tapete que rodea la casa.

Experimenté la sensación de cómo el tiempo se detenía mientras el nublado descargaba los pétalos blancos, casi ingrátidos.

Los abetos, cedros, abedules y álamos junto con los arces se teñían de un blanco níveo.

Sentí frío, no de desapego o desafecto por lo sucedido. Frío de ver como el verde había desaparecido dejando paso a un manto blanco. Frío por sentir el silencio de la nieve. Frío por estar encerrado con mis pensamientos. Frío de tiritar.

La zorra apareció por detrás del arce. La miré con fuerza, con intensidad.

Me miró como los gatos. Con interés. Y debió pensar:

—Si me haces daño, te haré yo más.

Me ignoró. Miró hacia atrás. Siguió caminando con la mirada tan perdida como sus pasos. Volvió a mirar. En ese momento aparecieron los que supuse sus cachorros.

El manto blanco reflejó las huellas de la camada. El silencio de la nieve prosiguió. El tiempo se volvió a detener mientras toda la camada me observaba. El frío se había apoderado de mí. Igual que habían aparecido, desaparecieron, en silencio, por detrás de la roca que la nieve había dado forma de oso acurrucado.

Dejé de mirar por la ventana, para observar de nuevo el crepitar lento de la encina en la hoguera. Y miré la puerta cerrada por la que Elena entraba

cada vez que nevaba y me decía:

— ¡Samuel!, ¡Nieva!—y su luz inundaba toda la estancia, y a mí...; me quitaba el frío.

NANO

30-1-18